

Dr. Enrique Schneebeli. Su fallecimiento

Es muy difícil escribir estas líneas para recordar a un gran amigo que nos ha dejado. Principalmente porque, en forma significativa, uno se resiste a la idea de que ya no se podrán repetir esos largos y fructuosos ratos de charla informal con quien, como Enrique, compartiera casi 20 años de nuestra vida. Y este "compartir" expresa, literalmente, una actitud que hemos desarrollado desde aquel lejano 1979, cuando nos conocimos iniciando, juntos, el tan querido proyecto de la residencia en el Instituto de Cardiología del Hospital Español. Fue entonces, cuando Enrique ingreso en su primer año de residencia y el que suscribe, como Jefe de Residentes, tuvo la oportunidad de comenzar una invaluable experiencia de vida.

Esa experiencia involucró seres humanos cálidos, inteligentes y afectuosos, que con el ímpetu y los inquebrantables ideales de su juventud comenzaban a transitar un camino de formación en la cardiología y en la vida. Junto a Enrique se encolumnó un reducido y selecto grupo de voluntades que, a partir de entonces, dedicaron lo mejor de sus vidas a internarse en los apasionantes senderos de la cardiología. Fue una enriquecedora experiencia de dar y recibir, en la que todos crecimos intelectualmente y como personas, desarrollando un inmenso cariño por la especialidad, por nuestros pacientes, por la institución que nos cobijaba y a la que aportamos lo mejor de nosotros, viéndola crecer a la sombra del crecimiento grupal de sus integrantes. Ellos, que hoy se encuentran en diferentes caminos, pero todos compartiendo el reconocimiento de la comunidad cardiológica como profesionales y como seres humanos. Debo mencionar a Carlos Conti, Ricardo Lopez, Roberto Urriza, Ricardo Pereyra, Walter Santander, fundamentalmente porque se que todos ellos comparten conmigo este recuerdo emocionado por Enrique.

Hoy llevo indeleblemente grabado en mi memoria ese momento, unos 15 días antes de Navidad, cuando con Enrique alargamos ese café durante más de una hora de charla sincera y afectuosa. Hablamos de todo, nuestra actualidad, nuestro trabajo cotidiano, nuestros proyectos, algunos de los cuales compartíamos con inocultable esperanza, forjados en un sentido compartido y común para realizar lo mejor de nosotros en la actividad que amamos durante toda nuestra vida.

Se lo veía bien a Enrique en ese, nuestro último

encuentro. Feliz, fundamentalmente orgulloso de haber logrado lo que todo hombre de bien desea: estar en paz con su conciencia y enfrentar la lucha diaria con la satisfacción de no claudicar en sus ideales y códigos de vida. Sostenido y amparado, claro, por una familia sólida y hermosa que había sabido edificar junto con Adriana, su mujer, quien siempre lo comprendió y apoyó en sus decisiones. Con un carácter templado y fortalecido por vivencias difíciles que juntos habían enfrentado y de las cuales habían emergido enriquecidos como seres humanos, en lo individual, *y* también como esposos *y* padres. Allí están como prueba Enrique y Federico, los dos adolescentes que hoy siguen el ejemplo de su padre con el más sólido de los legados que él supo dejarles: haber sido educados para ser hombres de bien y realizarse en el libre cumplimiento de su vocación. Ambos comparten su pasión por la música, que los ayuda como un bálsamo para transitar estos momentos duros junto a su madre.

Finalmente, sin que estas líneas persigan la pretensión inalcanzable de sintetizar todo lo que un amigo que se nos fue representaba como profesional y ser humano, quiero agregar que también la comunidad cardiológica habrá de extranar la tarea de alguien que con mesura, perseverancia, capacidad y honestidad se había ganado el respeto y reconocimiento de sus colegas. Su participación en el Consejo de Ecocardiografía y en las distintas actividades docentes y académicas de la SAC así lo acredita.

Se que muchos amigos y colegas del Instituto de Cardiología querían adherirse a esta recordación. Desafortunadamente, no podría nombrarlos aquí a todos aunque se que comparten el sentido de estas líneas. *Solo* me resta decirles que en cada pasillo, en cada rincón, durante cada ateneo, la presencia de Enrique se hará sentir en forma palpable y logrará vencer la barrera misma de su desaparición física. Porque gran parte de estas paredes que hoy cobijan uno de los emprendimientos cardiológicos más relevantes y reconocidos le pertenecen palmariamente a un puñado de hombres que transcurrieron una parte de su vida y de su formación en ese ámbito. Y que entregaron lo mejor de sí para lograr un proyecto médico de excelencia.

Indudablemente, Enrique Schneebeli fue uno de los pioneros de ese grupo.

Dr. Horacio Pomes Iparraguirre